

Conferencia sobre cambio climático

EL reciente

desprendimiento de un enorme iceberg, que como mensajero de la desgracia de un presunto y drástico cambio climático ha ido recorriendo el océano, o la caída del funambulista que sobre un cable tendido representó, en la inauguración de la Conferencia, el difícil equilibrio de nuestra atmósfera ante las actuales agresiones, no son más que algunos de los negros presagios o simplemente llamativos antecedentes a la celebración de la conferencia sobre el cambio climático que se ha celebrado en Berlín entre el 28 de marzo y el 7 de abril.

La conferencia, primera de las que se debían celebrar tras la de Río de Janeiro (1992), se abrió con una clara lucha entre ONG (invitadas a participar) y los gobiernos de distintos países. A última hora, los protagonistas han sido, fundamentalmente, los países productores de petróleo, la Aosis (una asociación de estados isleños y potenciales perjudicados de un eventual incremento del nivel del mar), la UE y, por supuesto, los EE.UU. de Norteamérica.

En medio de todo lo que hemos podido escuchar, una de las pocas cosas que parece que se pueden asegurar sin temor a equivocarse es que el peligro de un calentamiento global del planeta es una realidad fuera de cuestión. La fundamentación de esta afirmación reside exclusivamente en

el conocido efecto invernadero y no en medidas como las de la evolución de la temperatura global o del nivel medio del mar, que pueden resultar engañosas.

Dicho efecto invernadero, que mantiene cálida la superficie de la tierra, es uno de los responsables de la existencia de la vida (si no la temperatura sería bajo cero) y es debido, fundamentalmente, a la presencia de dióxido de carbono en nuestra atmósfera. Ahora bien, la concentración de dicho gas se ha incrementado en un 25 por 100 desde el año 1800. Lo que ya no parece tan claro es que, si una pequeña concentración de CO₂ permitió el origen de la vida, una concentración mayor vaya a hacer la tierra igual de habitable. La cuestión a dilucidar está en la cuantificación del efecto de dicho gas sobre nuestra atmósfera.

LAS medidas de la evolución de la temperatura media del planeta muestran un incremento de 0.6° C con respecto a los valores previos a la revolución industrial —1860—, con una velocidad que actualmente se aproxima a los 0.1° C por década. Los valores previos a 1860 oscilaban alrededor de 0.03° C por década. Éste es uno de los principales argumentos esgrimidos por los que se hallan a favor de una drástica reducción de las emisiones de CO₂. Ahora bien, tal y como manifiestan los representantes de la mayoría de los gobiernos, antes de tomar medidas, que indudablemente repercutirán sobre la economía, hay que conocer de forma exacta cuál es el impacto del CO₂, así como de otros gases que actualmente representan un 40 por 100 del efecto invernadero (por ejemplo el metano parece tener una especial importancia socioeconómica y sobre el efecto invernadero) sobre la atmósfera y sobre dicho efecto.

Éste es uno de los principales problemas. Los científicos no llegan a ponerse de acuerdo a este respecto, debido tanto a la complejidad del caso como a la limitación de los modelos teóricos existentes para la modelización de la evolución del clima. Sin embargo, si legítima es la argumentación de los gobiernos que piden cierta seguridad antes de emprender costosas reformas, más legítima aún es la argumentación de los ecologistas: cuanto más tardemos en poner en marcha

medidas concretas para reducir la emisión de CO₂ más cara nos saldrá la solución. En cualquier caso, parece que si esperamos a tener la evidencia de la influencia del CO₂ así como de otros gases en el calentamiento del planeta, probablemente ya será demasiado tarde. Si nos fiamos de los resultados de algunos científicos que colocan la barrera de tolerancia (razonable) de nuestra atmósfera al cambio climático en torno a un incremento térmico para el año 2100 de 2° C con respecto a 1860 y a una velocidad aproximada a los 0.1° C por década, entonces es urgente la toma de medidas inmediatas.

Más allá de la inútil polémica en torno a la cuota de reducción de las emisiones de CO₂, lo cual junto con las actividades de los ecologistas ha sido lo único que los medios de comunicación han sabido o podido transmitir al público, la cumbre de Berlín afrontaba otro importante reto, que es, previo a la discusión anterior. Para conocer de forma exacta la evolución del clima y el efecto producido por los diversos gases que, fundamentalmente, la actividad humana arroja a la atmósfera, y así actuar en consecuencia, es necesario llegar a un acuerdo sobre cómo registrar y evaluar los datos que se van obteniendo (emisiones, temperaturas...).

PARA la comunidad científica, este punto resulta fundamental, y debido a las dificultades que hasta ahora han existido, no parece que se haya caminado de la forma más satisfactoria. De hecho, las quejas contra el funcionamiento del IPCC (Intergovernmental Panel on Climate Change) han sido más que considerables. El primer paso para un acuerdo en la resolución del problema del efecto invernadero pasa por esta inicial declaración de intenciones de que haya una cierta transparencia y seriedad en el tratamiento científico de las medidas hechas por los diversos países. Sólo el tiempo dirá si, a partir de ahora, la evolución del clima va siendo más transparente para la comunidad científica.

El otro punto de la agenda que se afrontaba en la conferencia era la firma de un protocolo sobre reducción de las emisiones de CO₂ (en lo que el compromiso previo de

Europa de una reducción del 10 por 100 para el año 2010 parece un buen primer paso). En torno a este punto, hay varios aspectos que no deben ser perdidos de vista si se quiere evitar caer en bloqueos irresolubles y llegar a soluciones operativas.

EN primer lugar, la planificación diferenciada en función de la diferente situación de los diversos países. Para esto es necesario tener en cuenta criterios como:

- a) Emissiones de CO₂ por habitante y en valor absoluto.
- b) Desarrollo económico, deuda externa.
- c) Recursos y utilización de la energía.
- d) Eficiencia en la producción energética.
- e) Desarrollo de la población, migraciones y flujos de refugiados y
- f) Otros aspectos como emisiones de CO₂ por superficie del país, desarrollo del clima, respeto mostrado a otras reducciones ya acordadas...

Sólo un tratamiento diferenciado puede llevar a soluciones que sean aceptables para todos. En particular, y tras la conferencia de Berlín, es claro que los países árabes productores de petróleo deberán ser tratados de forma diferenciada.

En segundo lugar, hay que hablar de la co-participación en las cargas. Uno de los aspectos fundamentales en la reducción de las emisiones de CO₂ es la reconversión de las industrias y la forma de obtención de energía de los países del tercer mundo, y la incorporación de tecnologías más favorables para el medio ambiente. En esto, los países desarrollados que disponen de la tecnología y del conocimiento adecuado, deben ser los que hagan un mayor esfuerzo en este proceso. Si no se comparten los costos de la reducción de las emisiones de CO₂ esta tarea sería un objetivo imposible para los países del tercer mundo, quienes tienen derecho al progreso que otros ya han experimentado, pero que no deben dañar a un medio ambiente del que participamos todos.

LA participación de todos parece una de las pocas conclusiones que podemos sacar de la conferencia de Berlín. Si no es así, se perderá el tiempo en decidir el cómo votar o demás asuntos burocráticos, como ya ha sucedido, y para lo que nuestro planeta no parece tener mucho tiempo.

Además es claro que acciones unilaterales no llevarán a ninguna solución. Parece que las limitaciones de nuestro planeta tierra nos van a obligar a convivir los diferentes pueblos de una forma más racional, y a entender nuestra forma de relacionarnos con esta Tierra de una forma más «natural».

A propósito de «Fuerza para vivir»

EL anuncio televisivo del libro «Fuerza para vivir» ha causado impacto en el conjunto de la sociedad española, aunque sea difícil calibrar su alcance último. La novedad principal radica en el hecho mismo del anuncio y en su resonancia, por encima del contenido del libro.

El impacto público

EL anuncio televisivo y las vallas publicitarias han conseguido que «Fuerza para vivir» se haya convertido en una oferta religiosa visible al menos durante unos meses. Esto introduce un cambio cualitativo en el panorama religioso español. Se sabía de la existencia de minorías religiosas en nuestro país: musulmanes, judíos, algunos protestantes, grupos budistas, testigos de Jehová y otros. Estas comunidades mantenían sus actividades de culto,